

al ver que era un extraño el que se presentaba.

Conti, el redactor de *La Aurora*, llegó muy ufano, muy peripuesto, con los cabellos engomados, afeitada la barba, los lentes de oro montados con gallardía. — Poco después, la figura arrogante de Clara se destacó en el cuadro de la puerta. Los hombres se pusieron en pie. Ella, sonriendo, brillantes los expresivos ojos, avanzó. Lena, que corrió á su encuentro, complacióse en presentarla.

El periodista murmuraba al oído de Alberto, con voz débil:

— ¡Chico, es una estatua!

Don Hilario, que se apercibiera de la frase de su presunto yerno, le miró de reojo.

Las Gómez secreteábanse, haciendo mohines vagos. Francamente, la Ruiz, aunque un tanto regordeta, les parecía hermosa. Pero lo que más las sorprendió fué el traje que llevaba. Era de última moda, estilo sastre, de un amarillo paja indefinible. Las caderas opulentas dibujaban mejor sus líneas bajo la gruesa tela. Lucía en el cuello una cinta de felpa negra de la que pendía un guardapelo de oro — quizás falso, — que centelleaba á la viva luz de la lámpara. — Doña

Manuela, que, con gran estupefacción de Antofita, entró en la habitación, saludando con fuertes apretones de manos, la prodigó infinitas alabanzas. ¡La placía encontrarla en casa de su señora doña Pepa! Las personas decentes, en su opinión, deberían unirse.

La costurera permanecía seria. A intervalos, deseando aparecer complaciente, sonreía. Hasta hubo de interrogar á Clara, que en ese instante se engolfaba en ruidosa charla con Lena, preguntándola por su madre.

— Está un poco enferma la pobrecilla Usted sabe que los viejos siempre sufren achaques

Entretanto, los grupos formábanse lentamente. En el rincón más abrigado, en torno á la dueña de la casa, agrupáronse las viejas que discutían tranquilamente sobre asuntos místicos. Las calvas venerables eligieron como campo de acción el centro mismo de la sala, allí donde podían codearse con las chicas. Entre ellos descollaba el enclenque don Hilario, que, con su risa cazurra de empleado, pretendía seducir. En la puerta, de pie, departían los jóvenes, fumando. Conti relató, con frases declamatorias, sus últimos triunfos periodísticos. Había conseguido, gracias á su tesón de escritor potente, que

se pusiera un foco eléctrico en apartada callejuela. Confesó que era menester, para evitar escándalos y riñas, que se prodigase luz, y trajo por los cabellos la manoseada frase de Goethe.

Reinaba ansiedad. Por encima de las vocesillas fingidamente afluadas de las señoritas Gómez, del parloteo frío de Clara, de las palabras melosas de don Hilario, atronaba, con rumor de abejas, el palique de las señoras mayores. Hablaban del reverendo P. Morales, que, no obstante haberles prometido llegar á las nueve, aún no asomaba su rubicunda faz.—Sublevábanse. ¡No, qué caray! Preciso era traerle. Ellas no tolerarían un desaire del querido presbítero. Y cuando ya se decidían á poner en práctica determinación tan extrema, en el juvenil grupo abrióse una brecha, por la cual penetró, á duras penas, el tantas veces deseado señor.

Alto, con su enorme corpanchón de campesino sobre el que mal sentaba la flamante sotana, dirigióse lentamente al rincón en donde charloteaban las viejas. Al ver que éstas se levantaban de sus asientos, rodeándole, acariciándole con la mirada, sonrió. Su ancha y moquetada cara adquiría una expresión de beatitud, y cruzaba las manos sobre el

pecho, respondiendo bondadosamente á los piropos que le espetaban las hijas de confesión. Después, presentado que fué á los circunstantes, sentóse en medio del corro de enlutadas devotas, prodigando elogios á la salita.

El poeta Arsenio, con su raído saco negro, su desmesurado corbatón de raso, sus largos y mal peinados cabellos, y su inesperable libro debajo del brazo, detúvose en el último peldaño de la escalera

—¡Arsenio! ¡Oh, Arsenio!

Fué una aclamación entusiasta, que brotó de los labios sombreados por leve bozo. Corrieron hacia él los jóvenes, riendo, atropellándose.

—¡Esperen! Eugenio viene también. Sólo que se quedó atrás.

Y colocando sus manos en torno de los labios, á guisa de bocina, gritó:

—¡Eugenio! ¡Eugenio!

Oyóse una voz, y del negro agujero surgió rumor de pasos. Por fin, estaba allí.

Volvieron á su puesto en el umbral. Urizar, encaramándose en las espaldas de sus camaradas, miró al interior.—¡Cáscaras! ¡Un cural! Las aves negras son de mal agüero.

Y volviéndose, hizo alarde sus ideas anti-ericales.

—¡Voto al demonio!—decía.—No voy á parte alguna en donde no les encuentre. Son mi pesadilla.

En el ambiente flotaban suaves aromas. Era olor de pétalos marchitos, voluptuosamente acariciados por la brisa; de céspedes helados, de tierra húmeda. En medio de la baránda que se escuchaba, ascendiendo de las calles, oíase á veces el tronar de los coches que recortaban el espacio en una línea sinuosa, dejando caer desde lo alto lluvias de estrellas multicolores, miriadas de átomos de un rojo vivo, que salpicaban de sangrientas manchas el azul.

A los lejos, en el reloj de la vetusta Catedral, sonaron las doce. Las campanas vibraban sonoramente, con ritmo pausado, esparciendo sus notas argentinas.

La sala se agitó. Mozos y viejos levantábanse. Una oleada de cumplidos lo invadía todo; los semblantes, regocijados por la proximidad de la cena, se iluminaban.—Uno á uno, los invitados salieron á la azotea, en dirección del comedor. Los señoritos se disputaban el brazo de las chicas guapas; los viejos, contra su propio deseo, hacían los

hombres á las matronas de abultados vientres; el P. Morales, rodeado de su beateril cortejo, marchaba riendo con risilla socarrona.

En la sala vacía, en cuyo ambiente caldeado, sofocante, aun erraban los perfumes de las flores, sólo quedó Antoñita. Pensativa, paseó un instante, poniendo las sillas en su lugar, despabilando las velas. Luego, inmóvil, con los brazos caídos, la mirada perdida en la alfombra, sobre la cual yacían las flores marchitas, las hojas pisoteadas, los delgados tallos retorcidos, reflexionó. Parecía indecisa; llevábase las manos á la frente, sujetando bajo las peinetas los ricillos rebeldes. Con la cabeza baja, encaminóse después á la puerta.

Se encontraron junto á los rosales que en la cornisa agitaban sus ramas delgaduchas y anémicas. Eugenio Linares la había visto; la esperaba. Tímido, la saludó, inclinándose. Suave rubor tiñó sus mejillas al ver la emoción de ella, que balbuceaba.

—Buenas noches, Antoñita...

—Buenas noches, Eugenio...

La ofreció su brazo, y los dos, sin pronunciar palabra, entraron en el comedor.

Si en la sala la luz era pálida, velada por

los tonos oscuros de los muebles y el papel de los muros, el cuarto donde los Fernández hacían sus frugales comidas, ostentábase centelleante, iluminando con raudales de claridad la vajilla, que se extendía sobre la mesa límpísima, las sillas de tosca madera blanca, y los cromos que, encerrados en cuadros dorados, colgaban de la pared. Sobre los manteles, veíanse alineados los platos, los vasos, las botellas á través de cuyo cristal el tinto lanzaba destellos rojos, ó el coñac envolvía en una sombra de dorado matiz los cubiertos colocados á manera de trofeo. Aquí y allí, grandes platos de porcelana guardaban montones de pasteles, en los cuales la crema, derramándose sobre la amarillenta masa, exhalaba un olorcito incitante. En centros de mesa caprichosos, habíanse acumulado las frutas secas, los higos de Smirna, las ciruelas de España, las negras nueces brasileñas. Cuatro botellas de largo cuello atenuaban con su nota cristalina los colorines esparcidos en derredor. Y sobre la mesa, sin orden ni concierto, Lena hubo de arrojar puñados de flores cuyo perfume se confundía con el de las golosinas, haciéndose acre por instantes á causa del calor producido por la panzuda lámpara de pe-

tróleo que pendía del techo, y la docena y media de velas esteáricas que Alberto, contra la general opinión, pusiera en la mesa sustentadas por míseros candelabros. En la pared, masas de follaje se destacaban del papel rameado, en suaves ondulaciones, y en torno á la puerta se había puesto una guirnalda de musgo, de la cual surgían flores silvestres.

Lena sentíase orgullosa de su obra. Las Gómez, que rabiaban en sus adentros, poseídas de la envidia, prodigábanla frases de encomio. ¡Aquello era muy bonito! Conti, oponiéndose á la fingida modestia de doña Pepa, que se persignaba sólo de pensar que su nombre saldría á relucir en los *papeles*, insistía en hacer crónica en *La Aurora* del día siguiente. Y hasta el propio P. Morales, de suyo tan modoso y circunspecto, abrió la boca mudo de asombro.

Con grande algazara, los convidados asaltaron la mesa. Había en aquel grupo de gentes que poco antes se mostraran comedidas, algo de la turba famélica, que á todo trance pretende conquistar su pedazo de pan. Pero domeñados fueron al cabo los gastronómicos ímpetus por el áspero mandato de doña Luisa, que con gruesa voz gritaba:

—¡Orden, orden, señores, que para todos habrá!

Temía que la robaran su parte. Primero deberían ser las damas, sí señor. ¿Por qué estrujarse, matándose á empujones, cuando allí estaban ellas, las personas mayores que mucho respeto merecían? Su cólera no bajó de punto hasta ver que los juveniles ánimos se achicaban, y el venerable sacerdote, rodeado de su séquito, tomaba posesión de la mitad de la mesa. Sentóse, aplastando la fofa blandura de su cuerpo contra el duro asiento. Ya podían hacer los chicos sus lindezas, que ella había cogido buen sitio.

Apiñados, confundiendo sus tibios hálitos, uniendo en una sola, perlada y sonora, sus alegres risotadas, los mozos acomodáronse en el espacio vacío. Sus piernas se tocaban; sus manos encontrábanse al manejar los tenedores y cuchillos que chocaban con jovial tintineo contra los platos. Alberto se deshacía en mimos y gestos halagüeños junto á Clara, que sonría discretamente, con admiración de doña Manuela, que jamás esperó modales tan finos de una señorita dudosa. Seguían Lena y Arsenio, que daban franca salida á la burlona charla; Eloísa y Conti, ella muy amable, cariñosísima, ¡una miell,

como decía la compañera del poeta. —Eugenio repartía su atención entre Antoñita y Teresa, siendo su voz un murmullo ahogado en el torbellino de exclamaciones y risas.

Estéfana iba de un lado para otro, con la desdentada boca entreabierta por una sonrisa. Habíase puesto los trapitos de cristianar, y alegre como unas pascuas traía presurosa platillos rebosantes. —Doña Manuela, que se atracaba en la cocina, prodigando á la doméstica zalameros calificativos, echaba de vez en cuando un vistazo al comedor, mirando de reojo el arcaico baúl, que se podría en el rincón, y en el cual, al decir de las gentes, se guardaba el tesoro amasado á fuerza de fatigas por la maritornes.

Se comió, se bebió á reventar. Los sabrosos manjares desaparecieron como por encanto. Algunos achispados, los más soñolientos á causa del hartazgo, charlaban de sobresa, cuando el perloidista, sacando el reloj del bolsillo con visible ostentación, declaró que era la una menos cuarto.

¡El siglo iba á nacer!

Precipitáronse al exterior, desalados. En la puerta fué aquello una confusión. Chillaban las muchachas, con las mejillas arreboladas por el calorcillo del vino. —Los man-

cebos, excitados por la digestión y los vapores del aguardiente, introducían discretamente las manos en la apretada masa humana. Lena desternillábase de risa: había visto á Conti palpar en los muslos á Eloísa, mientras que la madre de ella juraba desvanecerse, lanzando agudos gritos al sentir los huesosos dedos de su marido, que se adherían convulsos al talle.

Engenio Linares, que del brazo de sus vecinas de mesa saliera á la azotea, encontróse de pronto á solas con Antoñita. Teresa Gómez, que á pesar de sus treinta y pico aún no perdía las esperanzas, escapó corriendo del lado de ellos, al vislumbrar, á la luz paliducha del farol que iluminaba la entrada de la escalera, la silueta de un joven rabio, muy peripuesto y ceremonioso. Era éste una de tantas presas de don Hilario, el cual, entre sus varias habilidades, tenía la de atraer al hogar á los chicos de la oficina, con el sano y bien intencionado propósito de endosarles en la primera oportunidad alguno de sus caros retoños.—¡Y menudos deseos de novio que tenía la primogénita! Allá iba, risueña, amorosota, al encuentro del mozo que llevaba su inocencia al extremo de ir en busca de la familia de su digno jefe, á lo alto del caserón.

Se miraron á los ojos sin decirse nada. Estaban en el rincón formado por el muro de la sala y el del resto de la vivienda. Escondido pudor quizás, impidió á la rubita franquear el umbral de la puerta que todavía continuaba abierta, dejando ver los muebles en desorden y la lamparilla azul cuya llama, casi extinguida, parpadeaba. Quedáronse allí, en pie, pugnando por animar aquellos instantes con la charla que en vano pretendían que traspusiera el límite de los labios.

—¿Está usted contento, Eugenio?

—Sí, mucho, Antoñita... ¿Por qué me lo pregunta?

—Es que... Francamente, no sabía de qué hablar...

Rieron de la simple ocurrencia.—Ella fué la primera en callar, bajando los ojos, al darse cuenta exacta de tan forzada hilaridad. Enmudeció él también. Hasta sus oídos llegaba el cuchichear de los invitados, que se diseminaban en grupitos por la azotea. El gato blanco huroneaba por entre las macestas, enarcando de rato en rato su lomo sedoso. Débiles, muy mansos, eran los rumores que les distraían: el apacible silencio, y su propia turbación, movíanles al mutismo. Hacía frío, sólo que un frío que más participa.

ha de las delicias del fresco, que de las crueldades de la helada. En el cielo, del cual se disiparon las nubes, temblaban algunas estrellas, que palidecían á la clara luz de la luna, que á esas horas bogaba ya hacia occidente. Allá lejos, en el horizonte recortado por techambres y campanarios, una pincelada de luz destellaba suavemente.

Linares, que luchaba por sacudir su mudez, murmuró, acercándose á la joven:

—Bonita luna, ¿verdad?... ¿Se acuerda usted? Hace un año...

Desconcertóse. — ¡Decididamente, no podía hablar! — Antoñita, que al oírle experimentara un temblorillo sutil y eieto calor en las mejillas, le miró con una mirada de temor y de esperanza; mas al observar que se aturdí, volvió á inclinar el rostro. — Sólo que la frase del joven no quedó trunca, como él creyese: ambos la desarrollaron hasta el fin. — «Hace un año...» ¡Cuántos pensamientos encerraban para ella tales palabras! Instintivamente revivía la historia de su amor, sencilla y tierna. Y lo que hizo que el corazón la palpitará con celeridad intensa fué saber que Eugenio se solazaba en iguales añoranzas.

—Un año,—dijo,—un año... ¡Qué de co-

sas suceden en tan corto tiempo!... — Y añadió, no pudiendo reprimir un suspiro: — ¿Quién nos diría entonces que hoy nos veíamos casi en el mismo lugar?

Su voz poseía un acento de amargura. Antoñita, sin pensarlo, le vió con el rabillo del ojo: — Había cambiado algo: más pálido y delgado que antes, su cara adquiría un matiz de seriedad reflexiva que disonaba de la dulzura casi infantil de las pupilas. Enfundado en un saco de color de avellana, que tiraba á verdioso, con el pantalón á cuadros traído en los bordes, el nudo de la corbata hecho á la ligera, bien revelaba el desaliento de su ánimo, y la tristeza de sus últimos días. — Y Antoñita suspiró también. — ¡Sí, cuántas cosas en tiempo tan breve!

— ¡Pobre de usted, Eugenio! — musitó. — Yo he pensado en esas tristezas...

El mozo hubo de mirarla con gesto de agradecimiento, sintiendo que algo vibraba en su alma de poquita cosa, al oír las dulces frases de su amiga.

— ¡Oh! no sabe usted lo que yo agradezco... — balbuceó. — Está uno tan solo cuando la mamá muere... Y luego, la vida es tan difícil... Y luego, la vida es tan difícil... Iba á proseguir, trémulo, cuando se fijó

en ella. Tenía los ojos húmedos, y su carlita, de una palidez de marfil, inútilmente pretendía esquivarse en la sombra.

—Antoñita, . . .—murmuró, cogiéndole las manos.

—Eugenio . . .

Y permanecieron así, enlazados, en el rincón penumbroso á donde apenas llegaba el rumor de las charlas y risotadas de los otros. Ella sonreía á través de las lágrimas que brotaban de sus pupilas azules y profundas. Sus guedejas despedían pálidos reflejos de oro que contrastaban con la nítida blancura de su tez. Eugenio Linares no se cansaba de mirarla, de mirarla en silencio, como si la amargura, el dolor que ennegrecía su alma débil, encontrasen salida en la contemplación de aquellos ojos, de aquellos rizos, de aquellos labios. —Ya su vida no sería tan triste; la soledad de su cuarto endulzarse con el recuerdo ideal de ella. Y seguía mirándola con agradecimiento, sin hallar palabras que expresar pudiesen lo que sentía.

Un grito hubo de estremecerles. Lena llamaba á Antoñita, mezclando sus exclamaciones con risotadas. Por los húmedos echos veíanse huír sombras; los invitados

se encaminaban al término de la azotea, presurosos, á grandes zancadas, ó con andar lento. —Allá iba el capellán, agitado el negro manteo, seguido por las devotas; Esteban Conti, cogíase del brazo de Clarita Ruiz, en tanto que la pobre Eloísa le miraba con enojo; Arsenio, con la negra melena encrespada por el aire, reía y charlaba; don Hilario Gómez soportaba aere reprimenda de su esposa; y hasta doña Manuela, —acurrucada entonces cerca del fogón, —costumbre añeja en ella, —asomó el rostro al oír algarabía tal.

Pero ellos continuaron inmóviles, sordos á los gritos de la chiquilla, que no cesó de llamarles.

Atronador ruido dejóse escuchar. En la Catedral, cuyas torres cuadradas se dibujaban en el cristal del cielo, sonaron las primeras campanadas, graves, cadenciosas. Los campanarios de los templos, que se erguían sobre el mar de techumbres, respondieron luego con alegre repiqueteo, que se ahogó al fin en el clamor de los silbatos de las fábricas, que saludaban al siglo nuevo con chorros de vapor, y el chillido agudo de las locomotoras, las cuales, antes de lanzarse por llanuras y ribazos, daban la bienvenida á la naciente centuria. Rasgando el espacio con su luminosa

cauda, un cohete estalló, desgranándose en multicolor lluvia de estrellas, las cuales descendieron lentamente, balanceadas por el céfiro.

Antoñita y Eugenio, en el sombrero que proyectaba el muro, embriagados por el aroma de los tiestos, las vieron caer, con una sonrisa de amor en los labios.

Con el primer día de su amor, vino una existencia nueva. Antoñita se abandonó á la dulzura de aquel sentimiento que invadía su alma, con la misma ansiedad de la ave-cilla que, errante en las azuladas lejanías del espacio, descende á la llanura á calmar su sed. Su corazón sencillito, habituado has-

ta entonces á los serenos afectos del hogar, se desbordó en una oleada de pasión que, poseyéndola, hubo de hacerla experimentar sensaciones exquisitas, de un encanto ardoroso sin ser por ello desapacibles.

Cuando volvía la mirada al pasado, con ese espíritu de observación propio de la mujer, sus años de niñez y de juventud la parecían un campo yermo, desolado; no tenían fin ni propósito. Cierta que los consagró á su familia, al amparo de la madre inepta, encerrada en su natural bonachón de mujer indolente; de la hermana menor, la niña mimada ligera de cascos, que no seguía otro impulso que el de sus banales caprichos; del primogénito, que al día siguiente del entierro de su padre manifestara con fría entereza que no descendería á labores impropias de su condición y talento, sino que continuaba en la carrera médica; pero, sin embargo, reconocíase cruel al encontrar vacío el pasado. Su vida presente la atraía más. Palpitaba en ella una energía poderosa, derrochadora de savia, fuerte, que la transformaba. Su tristeza de antaño, aquella tristeza resignada, que lo aceptara todo sin protesta, convirtiéndose en plácida alegría, que irradiaba en sus pensamientos y en sus acciones. A veces,